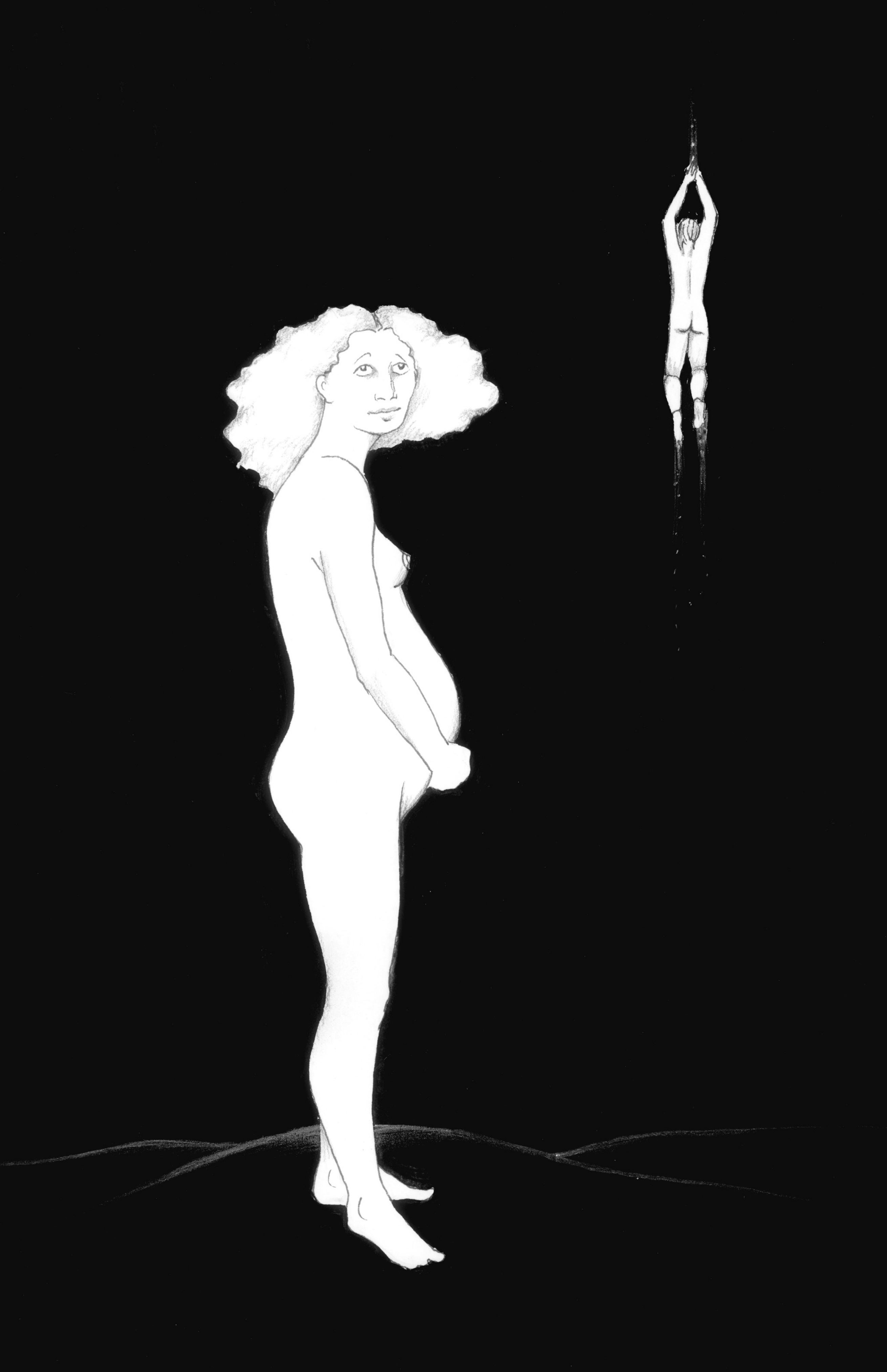
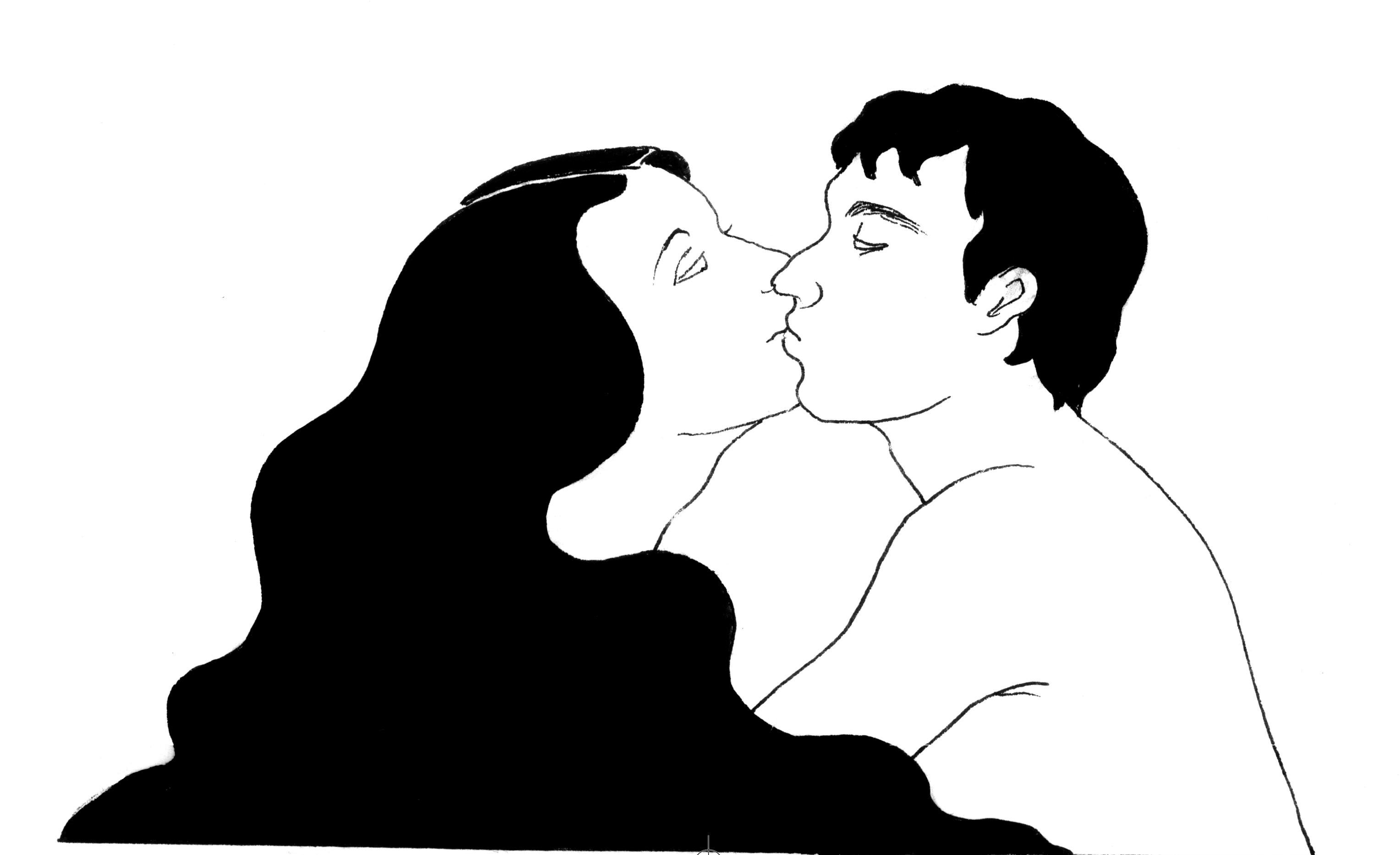


sucedidas entre ellos, de sus accidentes; por lo que sus hermanos y los demás hombres, todos llenos de lágrimas de alegría, a abrazarle corrieron, y lo mismo después hicieron las mujeres, tanto las parientes como las no parientes, salvo doña Ermelina. Lo que viendo Aldobrandino, dijo:
–¿Qué es esto, Ermelina? ¿Cómo no celebras tú como las otras mujeres a Tedaldo?
Y, oyéndola todos, la señora le respondió:
–Ninguna hay que con más agrado le haya hecho fiestas o se las haga que se las haré yo, como quien más que ninguna otra le está obligada, considerando que por su medio te he recuperado; pero las deshonestas habladurías de los días en que llorábamos a quien creíamos Tedaldo, hacen que me retenga.
Aldobrandino le dijo:
–¡Vamos, vamos!, ¿crees que yo creo a los que ladran? Procurando mi salvación bastante ha demostrado que aquello eran falsedades, sin contar con que nunca lo creí: levántate enseguida, ve a abrazarlo.
La señora, que otra cosa no deseaba, no fue lenta en obedecer en ello al marido; por lo que, levantándose como habían hecho los demás, abrazándolo ella, le hizo alegres fiestas. Esta liberalidad de Aldobrandino mucho plugo a los hermanos de Tedaldo y a todos los hombres y mujeres que allí estaban, y cualquier barrunto que hubiera nacido en algunos por las habladurías que había habido, con esto desapareció. Habiendo, pues, celebrado todos a Tedaldo, él mismo rasgó las vestiduras negras que llevaban sus hermanos y las oscuras de las hermanas y las cuñadas, y quiso que otras ropas se trajesen y después de que vestidas fueron, muchos cantos y bailes se hicieron y otros pasatiempos; por las cuales cosas, el convite, que había tenido silencioso principio, tuvo un fin sonoro. Y con grandísima alegría, así como estaban, se fueron a casa de Tedaldo y allí cenaron por la noche, y muchos días después, siguiendo del mismo modo, continuaron la fiesta. Los florentinos durante muchos días como a hombre resucitado y asombrosa cosa miraron a Tedaldo; y muchos, y aun los hermanos, tenían cierta ligera duda en el ánimo sobre si era él o no, y no lo creían todavía firmemente ni tal vez lo hubieran creído en mucho tiempo si un caso que sucedió no hubiera llegado a aclararles quién había sido el muerto; que fue esto.
Pasaban un día unos soldados de Lunigiana delante de su casa y, viendo a Tedaldo, fueron a su encuentro, diciéndole:
–¡Buenos los tenga Faziuolo!
A quienes Tedaldo, en presencia de sus hermanos, respondió:
–Me habéis tomado por otro.
Ellos, al oírle hablar, se avergonzaron y le pidieron perdón, diciendo:
–En verdad que os parecéis, más que nunca hemos visto parecerse nadie a otro, a un camarada nuestro que se llama Faziuolo de Pontriémoli, que vino aquí hace unos quince días o poco más y nunca hemos podido saber qué fue de él. Bien es verdad que nos maravillábamos del vestido porque él era, como lo somos nosotros, mesnadero.
El hermano mayor de Tedaldo, al oír esto, fue hacia ellos y les preguntó qué vestido llevaba aquel Faziuolo. Ellos se lo dijeron y se encontró que precisamente así iba como decían ellos; por lo que, entre esto y otras señales, conocido fue que el que había sido muerto había sido Faziuolo y no Tedaldo, por lo que se desvanecieron las sospechas de sus hermanos y de cualquier otro. Tedaldo, pues, que había vuelto riquísimo, perseveró en su amor y sin que la señora se enojase más con él, discretamente obrando, largamente gozaron de su amor. Dios nos haga gozar del nuestro.



El resucitado

Ferondo, habiendo ingerido ciertos polvos, es enterrado como muerto por el abad que aprovecha para disfrutar de su mujer. Hecho sacar de la tumba, luego puesto en prisión aunque persuadido de que está en el purgatorio, y habiendo resucitado después, cría como suyo a un hijo engendrado por el abad en su mujer.

Llegado el fin de la larga historia de Emilia, que a nadie había desagradado a pesar de su extensión, sino considerada por todos como narrada brevemente teniendo en cuenta la cantidad y la variedad de los casos contados en ella; la reina, a Laureta mostrando con un solo gesto su deseo, le dio ocasión de comenzar así:

–Carísimas señoras, se me pone delante como digna de ser contada una verdad que tiene, mucho más de lo que fue, aspecto de mentira, y me ha venido a la cabeza al oír contar que uno por otro fue llorado y sepultado. Contaré, pues, cómo un vivo fue sepultado por muerto y cómo después, resucitado y no vivo, él mismo y otros muchos creyeron que había salido de la tumba, siendo por ello venerado como santo quien más bien como culpable debía ser condenado.

Hubo, pues, en Toscana, una abadía (y todavía hay) situada, como vemos muchas, en un lugar no demasiado frecuentado por las gentes, de la que fue abad un monje que en todas las cosas era santísimo, salvo en los asuntos de mujeres, y éstos los sabía hacer tan cautamente que casi nadie no sólo no los conocía, sino que ni los sospechaba; por lo que santísimo y justo se pensaba que era en todo. Ahora, sucedió que, habiendo hecho gran amistad con el abad un riquísimo villano que tenía por nombre Ferondo, hombre ignorante y obtuso fuera de toda ponderación (y no por otra cosa gustaba el abad de su trato sino por la diversión que a veces le causaba su simpleza), en esta amistad se apercibió el abad de que Ferondo tenía por esposa a una mujer hermosísima, de la que se enamoró tan ardientemente que en otra cosa no pensaba ni de día ni de noche; pero oyendo que, por muy simple y necio que fuese en todas las demás cosas, era sapientísimo en amar y proteger a esta su mujer, casi desesperaba. Pero, como muy astuto, domesticó tanto a Ferondo que éste con su mujer venían alguna vez a pasearse por el jardín de su abadía; y allí, con él, sobre la felicidad de la vida eterna y sobre las santísimas acciones de muchos hombres y mujeres ya muertos les hablaba con gran modestia, tanto que a la señora le dieron deseos de confesarse con él y le pidió licencia a Ferondo y la obtuvo. Venida, pues, a confesarse con el abad con grandísimo placer de éste y poniéndose a sus pies como si otra cosa viniese a decir, comenzó:

–Señor, si Dios me hubiese dado marido o no me lo hubiese dado, tal vez me sería más fácil con vuestra enseñanza entrar en el camino de que me habéis hablado, que lleva a otros a la vida eterna, pero yo, considerando quién sea Ferondo y su estulticia, me puedo considerar viuda y, sin embargo, soy casada en tanto que, viviendo él, otro marido no puedo tomar, y él, aun necio como es, es tan fuera de toda medida y sin ninguna razón tan celoso que por ello no puedo vivir con él más que en tribulación y en desgracia. Por la cual cosa, antes de venir a otra confesión, lo más humildemente que puedo os ruego que sobre esto queráis darme algún consejo, porque si desde ahora no empiezo a procurar ocasión de mi bien, confesarme o hacer alguna otra buena obra de poco me servirá.

Este discurso proporcionó gran placer al alma del abad, y le pareció que la fortuna hubiera abierto el camino a su mayor deseo; y dijo:

–Hija mía, creo que gran fastidio debe ser para una hermosa y delicada mujer como sois vos, tener por marido a un mentecato, pero mucho mayor creo que sea tener a un celoso; por lo que, teniendo vos uno y otro, fácilmente os creo lo que de vuestra tribulación me decís. Pero en ello, por decirlo en pocas palabras, no veo consejo ni remedio fuera de uno, que es que Ferondo se cure de estos celos. La medicina para curarlo sé yo muy bien cómo hacerla, siempre que vos tengáis la voluntad de guardar en secreto lo que voy a deciros.

La mujer dijo:

–Padre mío, no dudéis de ello, porque me dejaré antes morir que decir a nadie algo que vos me dijerais que no dijese, ¿pero cómo se podrá hacer?

Repuso el abad:

–Es necesario que muera, y así sucederá, y cuando haya sufrido tantos castigos que esté castigado de estos celos suyos, nosotros, con ciertas oraciones, rogaremos a Dios que lo devuelva a esta vida, y así lo hará.

–Pues –dijo la mujer–, ¿he de quedarme viuda?

–Sí –repuso el abad–, durante algún tiempo, que mucho debéis guardaros de que nadie se case con vos, porque a Dios le parecería mal, y al volver Ferondo tendríais que volver con él y sería más celoso que nunca.

La mujer dijo:

–Siempre que se cure de esta desgracia, que no tenga que estar yo siempre en prisión, estoy contenta; haced como gustéis.

Dijo entonces el abad:

–Así lo haré: pero ¿qué galardón tendré de vos por tal servicio?

–Padre mío –dijo la señora–, lo que deseéis si puedo hacerlo, pero ¿qué puede hacer alguien como yo que sea apropiado a tal hombre como vos sois?

El abad le dijo:

–Señora, vos podéis hacer por mí no menos que lo que yo me empeño en hacer por vos, porque así como me dispongo a hacer aquello que debe ser bien y consuelo vuestro, así podéis hacer vos lo que será salud y salvación de mi vida.

Dijo entonces la señora:

–Sí es así, estoy dispuesta.

–Pues –dijo el abad–, me daréis vuestro amor y me daréis el placer de teneros, porque por vos ardo y me consumo.

La mujer, al oír esto, toda pasmada, repuso:

–¡Ay, padre mío!, ¿qué es lo que me pedís? Yo creía que erais un santo: ¿y les cuadra a los santos requerir a las mujeres que les piden consejo a tales asuntos?

El abad le dijo:

–Alma mía bella, no os maravilléis, que por esto la santidad no disminuye, porque está en el alma y lo que yo os pido es un pecado del cuerpo. Pero sea como sea, tanta fuerza ha tenido vuestra atrayente belleza que Amor me obliga a hacer esto, y os digo que de vuestra hermosura más que otras mujeres podéis gloriaros al pensar que agrada a los santos,

que están tan acostumbrados a las del cielo; y además de esto, aunque sea yo abad sigo siendo un hombre como los demás y, como veis, todavía no soy viejo. Y esto no debe seros penoso de hacer, sino que debéis desearlo porque mientras Ferondo esté en el purgatorio, yo os daré, haciéndoos compañía por la noche, el consuelo que debería daros él, y nadie se dará cuenta de ello, creyendo todos de mí aquello, y más, que vos creíais hace poco. No rehuséis la gracia que Dios os manda, que muchas son las que desean lo que vos podéis tener y tendréis, si como prudente seguís mi consejo. Además, tengo hermosas joyas valiosas, que entiendo no sean de otra persona sino vuestras. Haced, pues, dulce esperanza mía, lo que yo hago por vos de buen grado.

La mujer tenía el rostro inclinado, y no sabía cómo negárselo, y concedérselo no le parecía bien, por lo que el abad, viendo que le había escuchado y daba largas a la respuesta, pareciéndole haberla convencido a medias, con muchas otras palabras continuando las primeras, antes de que callase le había metido en la cabeza que aquello estaba bien hecho; por lo que dijo vergonzosamente que estaba dispuesta a lo que mandase, pero que antes de que Ferondo hubiese ido al purgatorio no podía ser. El abad contentísimo le dijo:

–Y haremos que allí vaya incontinenti; haced de manera que mañana o al día siguiente venga a estar aquí conmigo.

Y dicho esto, habiéndole puesto ocultamente en la mano un bellísimo anillo, la despidió. La mujer, alegre con el regalo y esperando tener otros, volviendo con sus compañeras, maravillosas cosas empezó a decir sobre la santidad del abad. De allí a pocos días se fue Ferondo a la abadía, y en cuanto lo vio el abad pensó en mandarlo al purgatorio; y encontrados unos polvos de maravillosa virtud que en tierras de Levante había obtenido de un gran príncipe que afirmaba que solía usarlos el Viejo de la Montaña cuando quería mandar a alguien (haciéndole dormir) a su paraíso o traerlo de allí, y que, en mayor o menor cantidad dados, sin ninguna lesión hacían de tal manera dormir más o menos a quien los tomaba que, mientras duraba su poder no se habría dicho que tenía vida, y habiendo tomado de ellos cuantos fuesen suficientes para hacer dormir tres días, en un vaso de vino todavía un poco turbio, en su celda, sin que Ferondo se diese cuenta, se los dio a beber; y con él lo llevó al claustro y con otros de sus monjes empezaron a reírse de él y de sus tonterías.

Lo que no duró mucho porque, obrando los polvos, se le subió a éste un sueño tan súbito y fiero a la cabeza que estando todavía en pie se durmió, y cayó dormido. El abad, mostrándose perturbado por el accidente, haciéndolo desceñir y haciendo traer agua





fría y echándosela en la cara, y haciéndole aplicar muchos otros remedios cómo si de alguna flatulencia de estómago o de otra cosa que tomado le hubiera quisiera recuperarle la desmayada vida y el sentido, viendo el abad y los monjes que con todo aquello no recobraba el sentido, tomándole el pulso y no encontrándolo, todos tuvieron por cierto que estuviese muerto; por lo que, mandándolo a decir a la mujer y a sus parientes, todos los cuales aquí vinieron prontamente, y habiéndolo la mujer con sus parientes llorado un tanto, vestido como estaba lo hizo el abad poner en una sepultura.
La mujer volvió a su casa, y de un pequeño muchachito que tenía de él dijo que no entendía separarse nunca; y así quedándose en casa, el hijo la riqueza que había sido de Ferondo empezó a administrar. El abad, con un monje boloñés de quien mucho se fiaba y que aquel día había venido aquí desde Bolonia, levantándose por la noche calladamente, a Ferondo sacaron de la sepultura y a un subterráneo, en el que ninguna luz entraba y que para prisión de los monjes que cometiesen faltas había sido hecho, lo llevaron y, quitándole sus vestidos, vistiéndole a guisa de monje, sobre un haz de paja lo pusieron, y lo dejaron hasta que recobrase el sentido. Entretanto, el monje boloñés, por el abad informado de lo que tenía que hacer, sin saber de ello nadie más, se puso a esperar que Ferondo volviese en sí. El abad, al día siguiente, con algunos de sus monjes a modo de hacer una visita, se fue a casa de la mujer, a la cual de negro vestida y atribulada encontró, y consolándola algún tanto, en voz baja le pidió que cumpliera su promesa. La mujer, viéndose libre y sin el empacho de Ferondo ni de nadie, habiéndole visto en el dedo otro hermoso anillo, dijo que estaba pronta y acordó con él que la noche siguiente fuese. Por lo que, llegada la noche, el abad, disfrazado con las ropas de Ferondo y acompañado por su monje, fue, y con ella hasta la mañana, con grandísimo deleite y placer, se acostó, y luego se volvió a la abadía, haciendo aquel camino asaz frecuentemente para dicho servicio; y siendo encontrado por algunos al ir o al venir, se creyó que era Ferondo que andaba por aquel barrio haciendo penitencia, y sobre ello muchas historias entre la gente vulgar de la villa nacieron, y hasta a la mujer, que bien sabía lo que pasaba, se las contaron muchas veces.
El monje boloñés, vuelto en sí Ferondo y hallándose allí sin saber dónde estaba, entrando dentro, dando una voz horrible, con algunas varas en la mano, cogiéndolo, le dio una gran paliza. Ferondo, llorando y gritando, no hacía otra cosa que preguntar:
–¿Dónde estoy?
El monje le repuso:
–Estás en el purgatorio.
–¿Cómo? –dijo Ferondo–. ¿Es que me he muerto?
Dijo el monje:
–Ciertamente.
Por lo que Ferondo por sí mismo y por su mujer y por su hijo empezó a llorar, diciendo las más extrañas cosas del mundo. El monje le llevó algo de comer y de beber, lo que viendo Ferondo dijo:
–¿Así que los muertos comen?
Dijo el monje:
–Si, y esto que te traigo es lo que la mujer que fue tuya mandó esta mañana a la iglesia para hacer decir misas por tu alma, lo que Dios quiere que te sea ofrecido.
Dijo entonces Ferondo:
–¡Dómine, bendícela! Yo mucho la quería antes que muriese, tanto que la tenía toda la noche en brazos y no hacía más que besarla, y también otra cosa hacía cuando me daba la gana.
Y luego, teniendo mucha hambre, comenzó a comer y a beber, y no pareciéndole el vino muy bueno, dijo:
–¡Dómine, házselo pagar, que no le dio al cura del

vino de la cuba de junto al muro!
Pero luego que hubo comido, el monje le cogió de nuevo y con las mismas varas le dio una gran paliza. Ferondo, habiendo gritado mucho, dijo:
–¡Ah!, ¿por qué me haces esto?
Dijo el monje:
–Porque así ha mandado Dios Nuestro Señor que cada día te sea hecho dos veces.
–¿Y por qué razón? –dijo Ferondo.
Dijo el monje:
–Porque fuiste celoso teniendo por esposa a la mejor mujer que hubiera en tu ciudad.
–¡Ay! –dijo Ferondo–, dices verdad, y la más dulce; era más melosa que el caramelo, pero no sabía yo que Dios Nuestro Señor tuviera a mal que el hombre fuese celoso, porque no lo habría sido.
Dijo el monje:
–De eso debías haberte dado cuenta mientras estabas allí, y enmendarte, y si sucede que alguna vez allí vuelvas, haz que tengas tan presente lo que ahora te hago que nunca seas celoso.
Dijo Ferondo:
–¿Pues vuelve alguna vez quien se muere?
Dijo el monje:
–Sí, quien Dios quiere.
–¡Oh! –dijo Ferondo–, si alguna vez vuelvo, seré el mejor marido del mundo; no le pegaré nunca, nunca le diré injurias sino por causa del vino que ha mandado esta mañana: y tampoco ha mandado vela ninguna, y he tenido que comer a oscuras.
Dijo el monje:
–Sí lo hizo, pero se consumieron en las misas.
–¡Oh! –dijo Ferondo–, será verdad, y ten por seguro que si allí vuelvo la dejaré hacer lo que quiera. Pero dime: ¿quién eres tú que me haces esto?
Dijo el monje:
–También estoy muerto, y fui de Cerdeña, y porque alabé mucho a un señor mío el ser celoso me ha condenado Dios a esta pena, a que tenga que darte de comer y de beber y estas palizas hasta que Dios disponga otra cosa de ti y de mí.
Dijo Ferondo:
–¿No hay aquí nadie más que nosotros dos?
Dijo el monje:
–Sí, millones, pero tú no los puedes ver ni oír, ni ellos a ti.
Dijo entonces Ferondo:
–¿Pues a qué distancia estamos de nuestra tierra?
–¡Ojojú! –dijo el monje–, estamos a millas de más bien-la-cagueremos.
–¡Recontra, eso es mucho! –dijo Ferondo–, y a lo que me parece debemos estar fuera del mundo, de tan lejos.
Ahora, en tales conversaciones y otras semejantes, con comida y con palizas, fue tenido Ferondo cerca de diez meses, en los cuales con mucha frecuencia el abad muy felizmente visitó a su hermosa mujer y con ella se dio la mejor vida del mundo. Pero como suceden las desgracias, la mujer quedó preñada, y dándose cuenta enseguida lo dijo al abad; por lo que a los dos les pareció que sin demora Ferondo tenía que ser traído del purgatorio a la vida y volver con ella, y decir ella que estaba grávida de él. El abad, pues, la noche siguiente hizo con una voz fingida llamar a Ferondo en su prisión y decirle:
–Ferondo, consuélate, que place a Dios que vuelvas al mundo; adonde, vuelto, tendrás un hijo de tu mujer, al que llamarás Benedetto porque por las oraciones de tu santo abad y de tu mujer y por amor de San Benito te concede esta gracia.
Ferondo, al oír esto, se puso muy alegre, y dijo:
–Mucho me place: Dios bendiga a Nuestro Señor y al abad y a San Benito y a mi mujer quesosa melosa sabrosa.
El abad, habiéndole hecho dar en el vino que le mandaba tantos polvos de aquellos que le hicieran dormir

unas cuatro horas, volviéndole a poner sus vestidos, junto con su monje silenciosamente lo volvieron a la sepultura donde había sido enterrado. Por la mañana al hacerse de día, Ferondo volvió en sí y vio por alguna rendija de la sepultura luz, lo que no veía hacía diez meses, por lo que pareciéndole estar vivo, empezó a gritar:
–¡Abridme, abridme! –y a golpear él mismo con la cabeza contra la tapa del sepulcro, tan fuerte que removiéndola, porque con poco se removía, empezaba a abrirse cuando los monjes, que habían rezado maitines, corrieron allí y conocieron la voz de Ferondo y lo vieron ya salir del sepulcro, por lo que, espantados todos ante la extrañeza del hecho, comenzaron a huir y se fueron al abad. El cual, haciendo semblante de levantarse de la oración, dijo:
–Hijos, no temáis; tomad la cruz y el agua bendita y venid detrás de mi, y veamos lo que el poder de Dios nos quiere mostrar –y así lo hizo.
Estaba Ferondo tan pálido como quien ha estado tanto tiempo sin ver el cielo, fuera del ataúd; el cual, al ver al abad, corrió a sus pies y le dijo:
–Padre mío, vuestras oraciones, según me ha sido revelado, y las de San Benito y las de mi mujer me han sacado de las penas del purgatorio y traído a la vida de nuevo; por lo que os ruego a Dios que tengáis buenos días y buenas calendas, hoy y siempre.
El abad dijo:
–Alabado sea el poder de Dios. Ve, pues, hijo, pues que Dios aquí te ha devuelto, y consuela a tu mujer, que siempre, desde que te fuiste, ha estado llorando, y sé de aquí en adelante amigo y servidor de Dios.
–Señor –dijo Ferondo–, así ha sido dicho; dejadme hacer a mí, que en cuanto la encuentre, tanto la besaré cuanto la quiero.
El abad, quedándose con sus monjes, mostró sentir por esta cosa una gran admiración e hizo cantar devotamente el miserere. Ferondo tornó a su villa, donde, quien lo veía huía de él como suele hacerse de las cosas horribles, pero él, llamándole, afirmaba que había resucitado. La mujer también tenía miedo de él, pero después de que la gente fue tomando confianza con él, y, viendo que estaba vivo, le preguntaban sobre muchas cosas; convertido en sabio, a todos respondía y daba noticias de las almas de sus parientes, y hacía por sí mismo las más bellas fábulas del mundo sobre los hechos del purgatorio, y delante de todo el pueblo contó la revelación que había sido hecha por boca de Arañuelo Gabriel antes de que resucitase. Por la cual cosa, volviéndose a casa con la mujer y entrado en posesión de sus bienes, la preñó a su parecer, y sucedió por ventura que llegado el tiempo oportuno en opinión de los tontos, que creen que la mujer lleva a los hijos precisamente nueve meses, la mujer parió un hijo varón, que fue llamado Benedetto Ferondo. La vuelta de Ferondo y sus palabras, al creer casi todo el mundo que había resucitado, acrecentaron sin límites la fama de la santidad del abad; y Ferondo, que por sus celos había recibido muchas palizas, según la promesa que el abad había hecho a la mujer, dejó de ser celoso de allí en adelante, con lo que, contenta la mujer, honestamente como solía con él vivió aunque, cuando convenientemente podía, de buen grado se encontraba con el santo abad que bien y diligentemente en sus mayores necesidades la había servido.

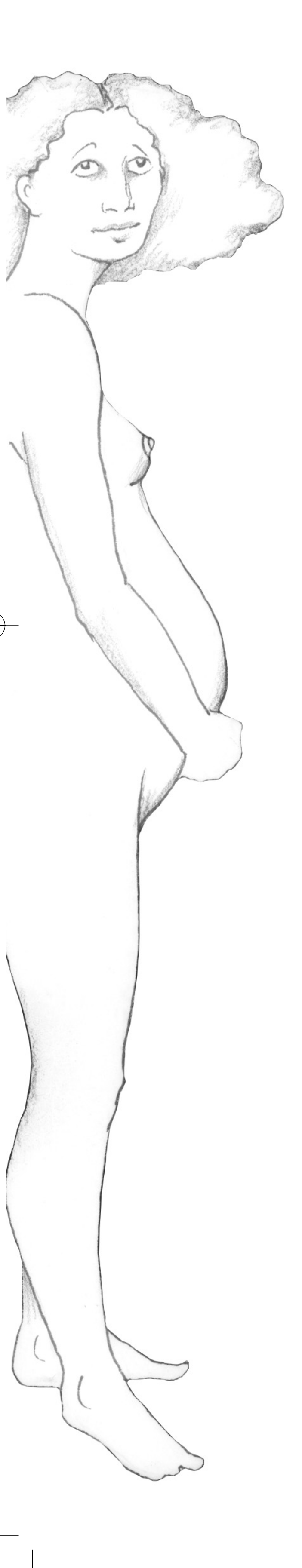
La condesa de Rosellón

Giletta de Narbona cura al rey de Francia de una fístula; como especie de recompensa por tal acción se aviene a solicitar por marido a Beltramo de Rosellón, el cual, desposándose con ella contra su voluntad, se dirige preso de la ira hacia la ciudad de Florencia en cuyos parajes comienza a cortejar a una bella y joven dama; aunque no advierte que tomando por asalto el lugar de ella, Giletta se acuesta con él, de aquellos amores engendra dos criaturas, después de todo lo cual, Beltramo de Rosellón, sintiendo amor por ella, la tiene como mujer.

Quedaba, al no querer negar su privilegio a Dioneo, solamente la reina por contar su historia (como fuera que ya había terminado la novela de Laureta); por lo cual, ésta, sin esperar a ser solicitada por los suyos, así, toda amorosa, comenzó a hablar:

–¿Quién contará ahora ya una historia que parezca buena, habiendo escuchado la de Laureta? Alguna ventaja ha sido que ella no fuese la primera, que luego pocas de las otras nos hubieran gustado, y así espero que suceda con las que esta jornada quedan por contar. Pero sea como sea, aquella que sobre el presente asunto se me ocurre os contaré.

En el reino de Francia hubo un gentilhombre que era llamado Isnardo, conde del Rosellón, el cual, porque poca salud tenía, siempre tenía a su lado a un médico llamado maestro Gerardo de Narbona. Tenía el dicho conde un solo hijo pequeño, llamado Beltramo, el cual era hermosísimo y amable, y con él otros niños de su edad se educaban, entre los cuales estaba una niña del dicho médico llamada Giletta, la cual infinito amor, y más allá de lo que convenía a su tierna edad ardiente, puso en este Beltramo. El cual, muerto el conde y confiado él a las manos del rey, tuvo que irse a París, de lo que la jovencilla quedó vehementemente desconsolada; y habiendo muerto el padre de ella no mucho después, si alguna razón honesta hubiera tenido, de buen grado a París para ver a Beltramo habría ido; pero estando muy guardada, porque rica y sola había quedado, no encontraba ningún camino honesto. Y siendo ella ya de edad de tomar marido, no habiendo podido nunca olvidar a Beltramo, a muchos con quienes sus parientes habían querido casarla había rechazado sin manifestar la razón. Ahora, sucedió que, inflamada ella en el amor de Beltramo más que nunca, porque hermosísimo joven oía que se había hecho, vino a oír una noticia, de cómo al rey de Francia, de un nacido que había tenido en el pecho y le había sido curado mal, le había quedado una fístula que grandísima molestia y grandísimo dolor le ocasionaba, y no se había podido todavía encontrar un médico (aunque muchos lo hubiesen intentado) que lo hubiera podido curar de aquello, sino que todos lo habían empeorado; por la cual cosa el rey, desesperándose, ya de ninguno quería consejo ni ayuda. De lo que la joven se puso sobremanera contenta y pensó no solamente por aquello tener una razón legítima para ir a París, sino que, si fuese la enfermedad que ella creía, que fácilmente podría tener a Beltramo por marido. Con lo que, como quien en el pasado



del padre había aprendido muchas cosas, hechos sus polvos con ciertas hierbas útiles para la enfermedad que pensaba que era, montó a caballo y a París se fue. Y antes de haber hecho nada se ingenió para ver a Beltramo, y luego, venida delante del rey, de gracia le pidió que su enfermedad le mostrase. El rey, viéndola joven hermosa y agradable, no se lo supo negar, y se la mostró. En cuanto la hubo visto, incontinenti sintió esperanzas de poder curarlo, y dijo:

–Monseñor, si os place, sin ninguna molestia o trabajo vuestro, espero en Dios que en ocho días os sanaré de esta enfermedad.

El rey se burló de sus palabras diciendo:

–¿Lo que los mayores médicos del mundo no han podido ni sabido, una mujer joven cómo podrá saberlo?

Pero le agradeció su buena voluntad y repuso que se había propuesto no seguir ya ningún consejo de médico. La joven le dijo:

–Monseñor, desprecias mi arte porque joven soy y mujer, pero os recuerdo que yo no curo con mi ciencia, sino con la ayuda de Dios y con la ciencia del maestro Gerardo narbonense, que fue mi padre y famoso médico mientras vivió.

El rey, entonces se dijo: «Tal vez me ha mandado Dios a ésta; ¿por qué no pruebo lo que sabe hacer, pues dice que sin sufrir molestias me curará en poco tiempo?», y habiendo decidido probarlo, dijo:

–Y si no me curáis, después de hacernos romper

nuestra decisión, ¿qué queréis que se os haga?
–Monseñor –repuso la joven–, vigiladme, y si antes de ocho días no os curo, hacedme quemar; pero si os curo, ¿qué premio me daréis?
El rey le respondió:
–Me parecéis aún sin marido; si lo hacéis, os casaremos bien y altamente.
La joven le dijo:
–Monseñor, verdaderamente me place que vos me caséis, pero quiero a un marido tal cual yo os lo pida, entendiendo que no os debo pedir ninguno de vuestros hijos ni de la familia real.
El rey enseguida le prometió hacerlo. La joven comenzó su cura y, en breve, antes del tiempo fijado, le devolvió la salud, por lo que el rey, sintiéndose curado, dijo:
–Damisela, os habéis ganado bien el marido.
Ella le contestó:
–Pues, monseñor, he ganado a Beltramo de Rosellón, a quien infinitamente en mi infancia comencé a amar y desde entonces siempre he amado sumamente.
Fuerte cosa pareció al rey tenérselo que dar, pero como prometido lo había, no queriendo faltar a su palabra, lo hizo llamar y así le dijo:
–Beltramo, sois ya maduro y fornido: queremos que volváis a gobernar vuestro condado y que con vos llevéis a una damisela que os hemos dado por mujer.
Dijo Beltramo:

–¿Y quién es la damisela, monseñor?
El rey le repuso:
–Es aquella que con sus medicinas me ha devuelto la salud.
Beltramo, que la conocía y la había visto, aunque muy bella le pareciese, conociendo que no era de linaje que a su nobleza correspondiera, todo ofendido dijo:
–Monseñor, ¿pues me queréis dar por mujer a una mendiga? No plazca a Dios que tal mujer tome jamás.
El rey le dijo:
–¿Pues queréis vos que no cumplamos nuestra palabra, que para recobrar la salud dimos a la damisela que os ha pedido por marido en galardón?
–Monseñor –dijo Beltramo–, podéis quitarme cuanto tengo, y darme, como vuestro hombre que soy, a quien os place: pero estad seguro de esto, que nunca estaré contento con tal matrimonio.
–Sí lo estaréis –dijo el rey–, porque la damisela es hermosa y prudente y os ama mucho, por lo que esperamos que mucho más feliz vida tengáis con ella que tendríais con una dama de más alto linaje.
Beltramo se calló y el rey hizo preparar con gran aparato la fiesta de las bodas; y llegado el día para ello determinado, por muy de mala gana que lo hiciera Beltramo, en presencia del rey la damisela se casó con quien más que a ella misma amaba. Y hecho esto, como quien ya pensado tenía lo que debía hacer, diciendo que a su condado volver quería y consumar allí el matrimonio, pidió licencia al rey; y, montado a caballo, no a su condado se fue, sino que se vino a Toscana. Y sabiendo que los florentinos peleaban con los sieneses, a ponerse a su lado se dispuso, donde alegremente recibido y con honor, hecho capitán de cierta cantidad de gente y recibiendo de ellos buen salario, a su servicio se quedó y estuvo mucho tiempo. La recién casada, poco contenta de tal suerte, esperando poder con sus sabias obras hacerlo volver a su condado se fue al Rosellón, donde por todos como su señora fue recibida. Encontrando allí, por el largo tiempo que sin conde había estado, todas las cosas descompuestas y estragadas, como señora prudente con gran diligencia y solicitud todas las cosas puso en orden, por lo que los súbditos mucho contento tuvieron y la tuvieron en mucha estima y le tomaron gran amor, reprochando mucho al conde que con ella no se contentara. Habiendo la señora recompuesto todo el país, por dos caballeros se lo comunicó al conde, rogándole que, si por ella no quería venir a su condado, se lo comunicase, y ella, por complacerle, se iría; a los cuales él, durísimamente, dijo:
–Que haga lo que le plazca: en cuanto a mí, volveré allí a estar con ella cuando tenga este anillo en su dedo, y en los brazos un hijo engendrado por mí.
Tenía el anillo en gran aprecio y nunca se separaba de él, por cierto poder que le habían dado a enten-



der que tenía. Los caballeros oyeron la dura condición puesta con aquellas dos cosas casi imposibles, y viendo que con sus palabras de su intención no podían moverle, volvieron a la señora y su respuesta le contaron. La cual, muy dolorida, después de pensarlo mucho, deliberó querer saber si aquellas dos cosas podían ocurrir y dónde, para que como resultado pudiera recobrar a su marido. Y habiendo pensado lo que debía hacer, reunidos una parte de los mayores y mejores hombres de su condado, les contó ordenadamente y con palabras dignas de compasión lo que antes había hecho por amor del conde, y mostró lo que había sucedido por aquello, y finalmente les dijo que su intención no era que por su estancia allí el conde estuviera en perpetuo exilio, por lo que entendía consumir lo que le quedase de vida en peregrinaciones y en obras de misericordia por la salvación de su alma; y les rogó que la protección y el gobierno del condado tomasen y se lo significasen al conde, que ella vacía y libre le había dejado su posesión y se había alejado con intención de nunca volver al Rosellón.

Aquí, mientras ella hablaba, fueron derramadas lágrimas por muchos de aquellos hombres buenos y le hicieron muchos ruegos de que le pluguiese cambiar de opinión y quedarse; pero de nada sirvieron. Ella, encomendándolos a Dios, con un primo suyo y una camarera, en hábito de peregrinos, bien surtidos de dineros y valiosas joyas, sin que nadie supiese dónde iba, se puso en camino y no se detuvo hasta que llegó a Florencia; y llegada allí por acaso a una posadita que tenía una buena mujer viuda, simplemente y a guisa de pobre peregrina estaba, deseosa de oír noticias de su señor. Sucedió, pues, que al día siguiente vio pasar a Beltramo por delante de la posada, a caballo con su compañía, y aunque muy bien lo conoció no dejó de preguntar a la buena mujer de la posada quién era. La posadera le respondió:

–Es un gentilhombre forastero que se llama el conde Beltramo, amable y cortés y muy amado en esta ciudad; y lo más enamorado del mundo de una vecina nuestra, que es mujer noble, pero pobre. Verdad es que honestísima joven es, y por pobreza no se ha casado aún, sino que con su madre, prudentísima y buena señora, vive; y tal vez, si no fuese por esta su madre, habría ella hecho ya lo que este conde hubiera querido.

La condesa, oyendo estas palabras, las retuvo bien; y más menudamente examinando y viniendo a todos los detalles, y bien comprendidas todas las cosas, tomó su decisión, y aprendida la casa y el nombre de la señora y de su hija amada por el conde, un día, ocultamente, en hábito de peregrina, allí se fue, y a la señora y a su hija encontrando muy pobremente, saludándolas, dijo a la señora que cuando le placiese quería hablarle. La honrada señora, levantándose, dijo que estaba pronta a escucharla; y entrando solas en una alcoba suya, y tomando asiento, comenzó la condesa:

–Señora, me parece que os contáis entre las enemigas de la fortuna como me cuento yo, pero si quisierais, por ventura podríais a vos y a mí consolarnos. La señora respondió que nada deseaba tanto cuanto consolarse honestamente. Siguió la condesa: –Me es necesaria vuestra palabra, en la que si confío y vos me engañaseis, echaríais a perder vuestros asuntos y los míos.

–Con confianza –dijo la noble señora–, decid todo lo que gustéis, que nunca por mí seréis engañada.

Entonces la condesa, comenzando con su primer enamoramiento, quién era ella y lo que hasta aquel día le había sucedido le contó, de tal manera que la noble señora, como quien ya en parte lo había oído a otros, comenzó de ella a sentir compasión. Y la condesa, contadas sus aventuras, siguió: –Ya habéis oído, entre mis otras angustias, cuáles son las dos cosas que necesito tener si quiero tener a mi marido, las cuales a nadie más conozco que pueda ayudarme a adquirirlas sino a vos, si es verdad lo que entiendo, esto es, que el conde mi marido sumamente a vuestra hija ama. La noble señora le dijo:

–Señora, si el conde ama a mi hija no lo sé, pero mucho lo aparenta; ¿pero qué puedo yo por ello lograr de lo que vos deseáis?

–Señora –repuso la condesa–, os lo diré, pero primeramente os quiero mostrar lo que quiero daros si me ayudáis. Veo que vuestra hija es hermosa y en edad de darle marido, y por lo que he entendido y me parece comprender, no tener dote para darle os la hace tener en casa. Entiendo, en recompensa del servicio que me hagáis, darle prestamente de mis dineros la dote que vos misma estiméis que para casarla honradamente sea necesaria.

A la señora, como a quien estaba en necesidad, le plugo la oferta, pero como tenía el ánimo noble, dijo:

–Señora, decidme lo que puedo hacer por vos, y si es honesto para mí lo haré con gusto, y vos luego haréis lo que os plazca.

Dijo entonces la condesa:

–Necesito que vos, por alguien de quien os fiéis, hagáis decir al conde mi marido que vuestra hija está dispuesta a hacer lo que él guste si puede cerciorarse de que la ama como aparenta, lo que nunca creerá si no le envía el anillo que lleva en la mano y que ella ha oído que él ama tanto; el cual si se lo manda, vos me lo daréis; y luego le mandaréis decir que vuestra hija está dispuesta a hacer su gusto, y le haréis venir aquí ocultamente y escondidamente a mí, en lugar de a vuestra hija, me pondréis a su lado. Tal vez me conceda Dios la gracia de quedar preñada; y así luego, teniendo su anillo en el dedo y en los brazos a un hijo por él engendrado, le conquistaré y con él viviré como la mujer debe vivir con su marido, habiendo sido vos la ocasión de ello.

Grave cosa pareció ésta a la señora, temiendo que fuese a seguirse de ella vergüenza para su hija; pero pensando que era cosa honrada dar ocasión a que la buena señora recuperase a su marido y que con honesto fin se ponía a hacer aquello, confiándose a sus buenos y honrados sentimientos, no solamente prometió hacerlo a la condesa sino que pocos días después, con secreta cautela, según las órdenes que había dado, tuvo el anillo (aunque un tantillo le costase al conde) y a ella en lugar de a su hija magistralmente puso en la cama con el conde.